

con Isabel Strzyzeroska, el colegio fundado en Polonia por el canceller Zoldkiewski.

Hacia pocos años que circulaban por el mundo los *Monita secreta*, y que la universidad de Cracovia habia declarado la guerra á los Jesuitas, cuando la nobleza y el pueblo de Polonia respondian del modo que acabamos de referir al supuesto escrito. Esta respuesta en accion, mas elocuente que todas las amplificaciones de los universitarios, y mas convincente que todos los argumentos de una lógica acorralada, es la moral del hecho opuesto á las acriminaciones de la envidia ó de la animosidad. Y no se contentaron con esto los católicos polacos: mientras que los Protestantes rehusaban acomodarse con aquella activa Sociedad, que despojada en unas partes y calumniada en otras, sacaba nuevas fuerzas de sus mismos desastres, Ana Chodkiewska, hija del duque Ostrog, fundaba un colegio de la Compañía en la Volhynia; Jaime Bobda, escanciadador del palatinado de Sandomir, y Andrés Trzebicki, obispo de Cracovia, introducian los Jesuitas en este palatinado; Alejandro Prasecrynski, gobernador de Kiow, y la familia Kalinowski imitaban este ejemplo en la Ucrania; Pedro Trizna en Bobruisk; Lucas Tolkienoski en el Boristenes, testigo de sus victorias, y Adan Nowodwoski en Lonza.

Si los Jesuitas se veian perseguidos en su enseñanza, en sus misiones, en su piedad sacerdotal, y hasta en sus mismas virtudes de hombres y ciudadanos; el emperador Matías, despreciando semejantes odios, les fundaba un colegio en Trinan, y los estableció en la universidad de Praga. Su sucesor trataba de otorgar al rector del colegio el título de presidente de aquella academia; pero hallándose mal este elevado rango con la prerogativa de humildad de que se mostraban tan celosos los Padres, suplicó el General de la Compañía al emperador Fernando II, que se dignase apartar de la Orden semejantes honores, y el Príncipe accedió á su demanda.

Después de la muerte del cardenal Forgacz, el Emperador y los magnates de Hungría suplicaron al sumo Pontífice, por uno de esos acuerdos tan raros entre ellos, que nombrase por sucesor al Jesuita Pedro Pazmany, misionero de los húngaros, que los ilustraba con sus discursos y los arrebatava con sus obras: «Po-  
«seia, dice el protestante Ranke, el talento de escribir con per-  
«feccion en su lengua materna, como lo prueba su obra intitula-

«da, *Kalans*, libro espiritual y erudito, que produjo una sensacion  
«irresistible. Dotado de una elocucion fácil y seductora, ha con-  
«seguido personalmente la conversion, segun dicen, de cincuen-  
«ta familias, entre las cuales vemos los ilustres nombres de los  
«Zrinyi, Forgacz, Erdedy, Balassa, Jakusitu, Homanay, Adan  
«Thurso y Adan Zrinyi, quien expulsó por sí solo veinte minis-  
«tros protestantes, que reemplazó con otros tantos curas católicos.  
«El Gobierno húngaro tomó necesariamente otra direccion, por-  
«que habiendo obtenido el partido católico la mayoría en la Dieta  
«de 1625, fue nombrado palatino uno de los nobles, cuya con-  
«version era ansiada vivamente por la corte, llamado Ester-  
«hazy.»

Este libro, parto de un Jesuita, y del que los Lúteranos hacen un elogio tan pomposo, despertaba en el corazon de los húngaros las tradiciones católicas que la herejía creia haber ahogado; lo demás lo hacia la virtud del P. Pazmany. Habia combatido con tal éxito los dogmas del error cuando solo era simple misionero, que persuadidos los Católicos de que él solo podria conservar la fe en el corazon de los pueblos, al paso que vencer á los predicantes, se obstinaron en conferirle el arzobispado de Gran, que habia ya renunciado; y accediendo el Papa y el General de la Compañía á una solicitud emanada al mismo tiempo del Príncipe y del pueblo, se vió precisado el Jesuita á aceptar esta dignidad. Bien pronto su mansedumbre para gobernar y sus raras cualidades para instruir, le granjearon la confianza de todos, y no tardó en verse promovido al cardenalato á instancia del emperador Fernando II.

Teodoro, principe de Furstemberg y obispo de Paderborn, transformó en universidad por los años de 1616 el colegio que habia fundado en esta última ciudad. El archiduque de Carinthia, Leopoldo de Austria, obtuvo el mismo privilegio para el establecimiento de Molsheim, que habia creado en su diócesis de Estrasburgo. Fernando de Baviera, elector de Colonia, y el obispo de Munster, introducen los Jesuitas en los países que baña el Ems. La ciudad de Meppen les ofrece una residencia, desde donde combatieron á la herejía que acababa de invadir el país. Arrastrada la Bohemia en 1618 por el espíritu de insurreccion, habia izado su bandera contra el Soberano; y aspirando algunos sectarios á propagar en la turbulencia de su sistema el principio de la

anarquía, después de expulsar á los Jesuitas de su territorio, y haberse estos refugiado en la Moravia, les obligaron también á salir de Brunn, incendiando en seguida el colegio de la Compañía como para destruir hasta la esperanza de un nuevo regreso.

En Olmutz las mismas causas produjeron los mismos resultados. Vese al luteranismo combatiendo siempre á sangre y fuego; y porque juzga que los hijos de Ignacio son sus mas terribles adversarios, se vale de todos los medios para vencerlos. En la Alemania superior se ocupaba el P. Miguel Sibold, apoyado por el duque Wolfango de Neuburgo, en restaurar el culto católico, conduciendo al gremio de la Iglesia á un gran número de sectarios. Los Protestantes ocupan la Bohemia; y Maximiliano, duque de Baviera, discípulo de los Jesuitas, entra en ella con su ejército, llevando en su compañía diez y ocho Padres, á cuya cabeza se halla Jeremías Drexel, cuyo nombre resuena tantas veces en la historia de esas guerras. El príncipe Federico, jefe de la confederacion herética, fue batido completamente en Praga y en el Monte Blanco. Los alemanes apellidaron *Rey de invierno* á este elector palatino, que solo habia reinado en la Bohemia durante algunos meses de usurpacion.

Estos movimientos de tropas, estos combates interminables y estas marchas continuas, no tardaron en engendrar el contagio, de que fueron los soldados las primeras víctimas. Seis Jesuitas espiraron prodigando sus atenciones y cuidados á los moribundos. Sin embargo, coronadas ya con la victoria las armas católicas, y una vez dueño Maximiliano de la Bohemia, trató de restablecer en este país á los Jesuitas, que un año antes habian sido expulsados de él por los Protestantes. El decreto de su expulsion, apoyado en esta fórmula sacramental: *á perpetuidad*, existia en su vigor; pero á pesar de esta amenaza de las revoluciones, á quienes los hechos posteriores dan siempre un mentís, este mentís solemne no se hizo mucho de aguardar.

Mientras Gustavo Adolfo, que sostenia una guerra religioso-política, lanzaba delante de sí al catolicismo y á los sacerdotes que le defendian, otro capitán, llamado Betlem-Gabor, príncipe de Transilvania y aliado de los turcos, invadió de repente el territorio húngaro. Dotado Gabor de una gran persuasiva para arrear á las masas, y arrastradas estas por su elocucion, no tardaron en proclamarle soberano de Hungría. Cométense todo género

de excesos; porque la violencia del pueblo es sin comparacion mayor que las que pretende vengar por medio de la insurreccion. Dirigiéronse contra él los imperiales: el conde de Buengoy, su jefe, muere en el primer encuentro; pero como Gabor es tan profundo diplomático como soldado intrépido, y comprendiendo en 1622 que no podria aguantarse sobre sus sienes la corona de Hungría, en un tratado de paz con el emperador Fernando II, la cambió con el título de príncipe del imperio. Al verificar esta calculada abdicacion, se contenta el Protestante con exigir una satisfaccion que bastase á compensar los ambiciosos ensueños que sacrificaba, y puso por condicion del tratado, el destierro perpetuo de los Jesuitas. Rechazada por el Emperador su propuesta, continuó sus incursiones, y mandó asesinar al P. Wisman, casi en la misma época en que el P. Goltfried Thelen sucumbió víctima de la rabia de los herejes.

Los Jesuitas eran para los generales del imperio unos auxiliares que valian por un ejército entero, puesto que jamás esperaban otra recompensa de su abnegacion, sino la facultad de sacrificarse de nuevo luego de terminada la paz. Pero en esta guerra tan fecunda en peripecias, donde los excesos pasaban de un campo á otro lo mismo que la victoria, y donde la misma derrota hallaba en su feroz desesperacion nuevos motivos de crueldad, el triunfador de la víspera experimentaba casi siempre un revés el dia siguiente: los jefes eran demasiado hábiles, y sus súbditos demasiado exaltados, y de esta manera no se podia terminar la doble querrela en una sola batalla decisiva. En 1622 el indómito protestante Ernesto Mansfeld hizo una irrupcion sobre la diócesis de Spira: penetró en la Alsacia; se apoderó de la ciudad de Hagueneau, y puso en la plaza pública un gran número de horcas destinadas á los Jesuitas.

Todos los príncipes herejes, cualquiera que hubiese sido anteriormente su comunión, se coligaron para expulsar de Alemania á los españoles; y no era por cierto la presencia de los soldados de la Península en las orillas del Rhin, ó la pujanza de la casa de Austria, las causas que motivaban el objeto secreto de este movimiento de opiniones y ejércitos: los Protestantes aspiraban á destruir el catolicismo; y en este concepto, hacian la propaganda con las armas en la mano. Cristian de Brunswick, general en jefe de los conjurados, se apropiaba el título de obispo de Herbers-

tadt; y caminando bajo un doble pendon que revelaba toda su idea, hacia flotar al aire en uno de ellos el emblema de una tiara abatida por el rayo, y en el otro esta inscripcion grabada con caracteres indelebiles: *El amigo de los hombres, enemigo de los Jesuitas*. Alcanzóle Tilly cerca de Hoesting, preséntale la batalla, y triunfa de la estrategia orgullosa del Protestante; luego se lanza sobre Heidelberg, que habia caido en poder de Federico. Los Jesuitas ingresaron en la poblacion con el vencedor, mientras que el P. Sand sucumbió al sable de los Luteranos, mandados por Ernesto Mansfeld, y mientras que el P. Bacop perecia victima de sus venenos. Mas como si los peligros continuos no bastasen á inspirar terror en el ánimo de los Padres, salieron en la misma época para Constantinopla Jorge Nag y Gaspar Puckler, individuos del mismo Instituto, con el objeto de consolar á los Cristianos y rescatar á los que las últimas guerras habian sometido al poder y cadenas de los musulmanes.

En medio de esta complicacion de sucesos, murió en Viena el 20 de enero de 1624 el P. Martin Becan, confesor del Emperador, teólogo consumado, y adversario infatigable de la herejía; habia sabido inspirar de tal modo el sentimiento católico en el corazon de la familia imperial, que el emperador Fernando II, la emperatriz su esposa, y el canciller Ulrico Eggemberg, se comprometieron en 25 de marzo por medio de un voto público á sostener y hacer triunfar la religion de los Apóstoles en todos los Estados del imperio germánico.

Para cumplir un juramento tan solemne en las circunstancias en que se habia colocado la Alemania, era indispensable una extraordinaria energía de alma; mas no bastó esta consideracion para hacer retroceder á Fernando y á Maximiliano de Baviera. Formados ambos en la escuela de los Jesuitas, emprendian una tarea que habia aterrado al mismo Carlos V; sin embargo, á pesar de emprenderla en ocasion mas difícil que lo era el año de 1545; á pesar de sus reveses sin número, y de que sus triunfos parciales no compensaban sus derrotas, cumplieron exactamente su promesa. Maximiliano, Tilly, Walstein y Piccolomini venian á ser el brazo que ejecutaba, siendo Fernando la cabeza que dirigia.

Lo mismo que Carlos V de Francia, no salió jamás este Príncipe de su gabinete; pero los Duguesclin que conducian sus ejér-

citos seguian los planes que él habia trazado de antemano, ejecutaban sus órdenes, y viendo que el Monarca no desesperó jamás de su causa, aun en medio de los reveses, se hacian superiores como él á los sucesos. Fernando II poseia las virtudes, defectos, carácter y costumbres de su familia y país: apático y reconcentrado, irresistible en sus proyectos, é impassible do quiera, agregaba la firmeza al genio, y la desconfianza á la sagacidad: Príncipe que jamás habia sacado la espada, pero que en diez y ocho años de reinado, vió conjurarse contra su cabeza á Gustavo Adolfo, Richelieu, Mansfeld, Gabor, Barinier y los jefes mas ilustres del protestantismo, haciendo frente á todas estas coaliciones, y vencéndolas ó desarmándolas todas. Católico por su fe y por sus principios conservadores, los Protestantes le atribuyeron las ideas de un fanático. Gustavo Adolfo, á quien no deslumbraba la rapidez de sus triunfos, solia decir: «Solo temo las virtudes de «Fernando.» Sin embargo, este hombre, que ha legado al mundo la idea de un príncipe verdaderamente cristiano; este Monarca, á quien jamás pudo cegar la prosperidad, como ni tampoco abatir el infortunio, se vió hecho el blanco de todos los ultrajes.

Combatió á sus súbditos insurreccionados, y á los sectarios de Alemania, coligados con los extranjeros, y que invocaban la devastacion y el incendio. Fue maldecido, y por una de esas anomalías inexplicables, que son sin embargo harto frecuentes, acusaban al Príncipe, fiel á su Dios y á su patria, de intolerante y de cruel, esforzándose en presentarle bajo los mas sombríos colores aquellos mismos que trataban de arrancarle de las sienes la diadema que honraba. En tanto que calumniaban al Soberano católico, ensalzaban hasta las nubes la clemencia de Isabel de Inglaterra y la moderacion de Gustavo Adolfo, que habia asolado diez provincias enteras para glorificar á Lutero. Pero estas inconsecuencias de las sectas y partidos no fueron suficientes á desalentar á Fernando: estábale reservada una gran mision, que habia empezado entre los Jesuitas, y quiso continuarla con ellos: el P. Becan acababa de morir, y siéndole preciso elegir un confesor, confió la direccion de su conciencia al P. Lamormaini.

Los emperadores de Alemania, y la mayor parte de los príncipes católicos, confiaban su direccion espiritual á los discípulos de Ignacio; lo que, á pesar de la sabia pragmática de Aquaviva, *pro confessariis regum*, era otorgarles una influencia directa en los ne-

gocios del Estado, que á la sazón estaban íntimamente unidos con los de la Religión. Los Jesuitas practicaron en la corte de Viena, como en la de Munich y Polonia, lo que sus colegas ejecutaban en la de Francia; porque hallándose todos bajo el influjo de una misma ley, debían por precisión observar una misma conducta. Los PP. Martín Becan y Guillermo Lamormaini ejercieron en el espíritu de sus penitentes imperiales una acción de tal manera determinante, que bastó á borrar completamente la que en París acababan de aminorar ó modificar tantas causas diversas. Sin embargo, las acusaciones contra los confesores de los príncipes no han salido jamás sino del seno de los círculos germánicos. La historia escrita seriamente por los Protestantes, es muda; consigna la verdad de los hechos sin acriminarlos: déjase conocer su móvil; pero este, emanado de un pensamiento católico, aparece á los ojos de los Luteranos como una consecuencia natural de la situación. Los Jesuitas han hecho en Alemania, como confesores de los reyes, iguales cosas que en Francia; pero apenas son citados sus nombres.

No sucedió lo mismo en el reino de san Luis. Los alemanes no hacen jamás mención de un sugeto para cimentar sobre él una discusión de principios; los franceses, por el contrario, arrebatados siempre hácia los extremos, procuran sustituir la individualidad al hecho ó á la idea; y sin apreciar las consecuencias de un acto, mas que por el que las ha producido, no juzgan, sino que aman ó detestan. Estas dos maneras de ver las cosas explican con bastante claridad los diferentes papeles que representan los Jesuitas confesores de los monarcas, en la historia germánica y en los anales de Francia. Mientras que los publicistas de la otra parte del Rhin guardan un absoluto silencio respecto á la influencia de que pudieron disfrutar los PP. Becan, Lamormaini, Keller y sus sucesores, manifestándola rara vez y con reserva; los franceses, mas amantes de la publicidad, y empeñados siempre en disfrazar los hechos mas sencillos con misteriosas complicaciones, han ensanchado desmesuradamente el círculo trazado á los Jesuitas.

Como poseían la confianza y atención del príncipe, se hizo de ellos el eje de la política: podíanse explicar naturalmente las circunstancias mas graves como las mas fútiles; se guardaron muy bien de dar semejantes explicaciones. El confesor de los reyes fue

destinado á una intervención secreta, á intrigas de gabinete ó de camarilla, que si muchas veces falsas, y muchas mas todavía materialmente imposibles, permitían no obstante al carácter nacional divagar por el caos de esa indecisión histórica que tantos encantos presta á las memorias privadas. En Francia cada uno pretende adaptar á sus miras la solución de un suceso, arreglándole segun sus simpatías ó antipatías, y casi nunca con la verdad. Así es como se han centuplicado las fuerzas y el influjo de que disponían los Jesuitas; mientras que en la misma época, este mismo influjo, mas decisivo y cooperador, no se halla mencionado sino muy raramente por los historiadores alemanes <sup>1</sup>.

Fernando II otorgaba á los Jesuitas toda la latitud posible. El cardenal de Dietrichstein los instalaba en Iglau, círculo de la Moravia, donde, como en Znaym, no se encontraba un solo católico. Tres años después, vencido ya el protestantismo, podían sus ciudadanos, como los de Znaym, ofrecer al Emperador un Crucifijo de oro con esta inscripción: *Prenda de fidelidad regalada á Fernando II por la ciudad católica de Znaym*. Los herejes de Glazt, que arrebatados por la fiebre de persecución habían expulsado de su ciudad á los Jesuitas, suplicáronles después que les alcanzasen el indulto del Emperador: hicieronlo así estos, y la fe volvió á ingresar en Glazt con la clemencia, virtud que se dejaba ver rara vez en ambos campamentos; pues que solo ansiaban excederse en valor y en atentados contra la humanidad. Á vista de este desencadenamiento de las pasiones luteranas contra la Compañía de Jesús, casi estaríamos tentados á creer que ella sola era el móvil de la guerra, y que para protegerla ó derrocarla, los mas ilustres capitanes del siglo XVII, tan fecundo en héroes, se daban esas batallas de las cuales se ha constituido Schiller el historiador poeta.

Por la enseñanza que propagaban, por sus predicaciones y controversias, y principalmente por aquella caridad que no cejaba ante los padecimientos corporales, ni ante las enfermedades del espíritu, habían conquistado los hijos de Loyola aquel ascendiente sobre las poblaciones de que se mostraban tan celosos los pas-

<sup>1</sup> Léese en una carta dirigida al nuncio apostólico por el cardenal Barberini: « Lamormaini es un digno confesor; un hombre que no cede ante consideraciones temporales. » *Littera del cardinale Barberini al nuncio Baglione*, 17 martii 1633.

tores de la herejía. No atreviéndose á marchar sobre sus huellas, creyeron serles mas fácil el calumniarlos, que el luchar contra ellos con armas iguales. Extraviado por consiguiente el fanatismo de los pueblos, probaron á demostrarles que aquellos Jesuitas á quienes era seguro encontrar al mismo tiempo en el palacio de los reyes y en la cabecera del lecho de los pobres; así en el aduar del salvaje como en el seno de las universidades; ora en el interior de las ciudades como en el fondo de los bosques y desiertos, eran los enemigos de su culto. Los Jesuitas militaban siempre y por todas partes, y los jefes de la Reforma creyeron que derrocar á esta Corporacion, era lo mismo que dar un paso de gigante para aproximarse á su objeto. Mas si los herejes no ocultaban sus proyectos, y se encarnizaban cada vez contra la Sociedad de Jesús, los Católicos por el contrario, la demostraban tanta mas deferencia, cuanto mayor era el odio de los sectarios. Los partidarios de la Reforma saqueaban las casas y colegios de la Orden; y los del catolicismo, impulsados por un sentimiento de religiosa gratitud, al paso que por sus previsiones políticas, reparaban al instante estos desastres: y si los primeros degollaban á los Jesuitas alemanes, la ciudad de Rómulo formaba otros en el colegio Germánico, y los enviaba en seguida al Rhin y al Danubio, para que sostuviesen en la fe á los ejércitos que militaban por su causa. La Sociedad de Jesús venia á ser la ciudad de refugio donde se abrigan todos los proscritos. La Alemania, Irlanda y Escocia poseian en Roma un colegio, semillero de apóstoles y mártires, plantel que la Inquisicion anglicana no habia podido destruir, y contra el cual no fueron mas felices todas las victorias de Gustavo Adolfo, Mansfeld y Brunswick.

Richelieu asalariaba á todos estos generales que se armaban contra la tranquilidad de su patria, y á fuer de mercenarios ilustres, hacian la guerra en su mismo país por cuenta de la Francia. El gran Gustavo Adolfo recibia el oro extranjero, mientras que el extranjero se empeñaba en devolver á la Francia el dinero que esta nacion prodigaba á los suecos y á los sectarios. Habia en el reino cristianísimo hugonotes siempre dispuestos á insurreccionarse; los Rohan, Soubise y demás jefes del calvinismo, ponian á sus correligionarios al mercenario servicio de España. Mientras que el Emperador y Felipe dejaban á Richelieu que se apoyase en los protestantes de Alemania, impulsaban á los disidentes á la insur-

reccion; y cuando estos últimos izaron el pendon de la guerra civil, se dejaron ver los príncipes y ministros católicos, Fernando II y Luis XIII, Richelieu y Olivares, haciéndose cada uno un broquel de los Protestantes. De manera, que si los Calvinistas se levantaban en Francia para secundar los intereses de la Alemania, los Luteranos alemanes inundaban el imperio de sangre y de ruinas, para favorecer los planes de Richelieu.

Resuelto Fernando á extrañar de sus Estados hereditarios á los Protestantes que trataban de aniquilar su poder, y secundado en sus planes por los Jesuitas, sus mas celosos auxiliares, ordenó en 1626 formar en su imperio una especie de empadronamiento de los herejes convertidos por los Padres, ascendiendo aquel al número de un millon y quinientos mil <sup>1</sup>. Hallábanse los Padres á un mismo tiempo en su gabinete imperial, en sus ejércitos, en medio de los sectarios vencidos, y aun osaban penetrar en los campamentos del luterano vencedor. En Bohemia, el príncipe de Lichenstein los estimulaba á reedificar sus colegios demolidos, y segun dice el historiador protestante Ranke <sup>2</sup>: «Hasta el mismo «nuncio, Carlos Caraffa, estaba asombrado de la afluencia de «gentes que concurría á las iglesias de Praga, donde se juntaban «los domingos por la mañana de dos á tres mil personas, cuya «humildad y recogimiento le dejaban pasmado.» El Emperador exigía que se concluyese de una vez con los rebeldes de Bohemia, Hungría y Austria; pero como las armas solo ejercian una influencia momentánea, se propuso dominarlos por medio de la educacion: tal era el consejo que le habían dado con frecuencia el Pontífice y los Jesuitas; y para realizarlo, mandaba despojar á los Protestantes de los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado. Es verdad que no dudaba del derecho que le asistía; pero pareciéndole casi imposibles los medios de ejecucion, se hallaba perplejo; hasta que triunfando de su irresolucion el nuncio Caraffa, los cuatro príncipes electores y el P. Lamormaini, promulgó el edicto de restitucion con fecha 28 de agosto de 1629.

Esto era dar á la herejía un golpe de muerte. Como todas las revoluciones, centuplicaba el número de sus adictos, asociando el despojo á sus ideas de independenciam y libertad; y era atacarla sus obras vivas, ó romper su mas activo resorte, no consagrar

<sup>1</sup> *Inventa sunt quingenta supra decies centena millia.*

<sup>2</sup> *Historia del papado.*